

## RESSENYES

VERÍSSIMO SERRÃO, Adriana (coord.) (2011)

*Filosofia da Paisagem: Uma Antologia*

Lisboa: Centro de Filosofia da Universidade de Lisboa, 502 p.

Traducción de Adriana Veríssimo Serrão et al.

ISBN 978-972-8531-96-6

Adriana Veríssimo Serrão, profesora asociada con agregación del Departamento de Filosofía de la Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa, es la principal investigadora y coordinadora del proyecto de investigación *Filosofia y arquitectura del paisaje*, subvencionado por la Fundación para la Ciencia y la Tecnología y desarrollado en el Centro de Filosofía de la Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa, en colaboración con el Centro de Estudios de Arquitectura Paisajista Caldeira Cabral.

La obra antológica *Filosofia del paisaje* es el resultado del trabajo colectivo e interdisciplinario de los investigadores de dicho grupo (alumnos de máster y doctorado), que, bajo orientación y planificación organizacional de Adriana Veríssimo Serrão, han cogido y traducido un conjunto de textos de autores acreditados en el marco de la reflexión sobre el concepto de paisaje en su tríplice acepción —ontológica (esencia y cualidad del paisaje), estética (los modos de apreciación y valoración del paisaje) y ética (las posibilidades y los límites de la actuación en el contexto paisajístico).

El título del proyecto plantea, de suyo, el tema en cuestión, que no resulta entendido de modo descriptivo, sino bajo el ángulo de su problematización propia. Ello significa que el paisaje, aquí y ahora, no es simplemente un lugar bello que la vista alcanza, sino, sobre todo, el lugar en que el hombre se instala familiarmente con su entorno y consigo mismo, distintivo del modo más íntimo de inserción de lo humano en un orden del mundo en el que participa.

Así pues, tomado en cuanto espacio de expresión y manifestación del ser del hombre, o instaurado, de modo más radical, como reavivamiento del Ser (en la continuidad física, emocional, psicológica, entre el hombre y lo que le circunda), el paisaje exhibe su significado ontológico, que, entendido de esta manera, se planteará frente al actuar como cuidado y amor. Estas dimensiones, ontológica y ética, se encuentran presentes subliminalmente en la apreciación de lo bello natural, cuyo rango llegará a exceder, en consecuencia, el plano de la estética artística y se presentará en cuanto compo-

nente integrante de una estética contemporánea, con la problematicidad a él inherente.

La organización del volumen refleja la intención de dar (en el sentido literal de ofrenda) el concepto en su forma problemática e interpretativa, mediante la exposición de sus diferentes rasgos, mostrando, a la vez, su función de mediación respecto a contextos aparentemente opuestos («I. El paisaje entre naturaleza, campo y ciudad»; «II. El paisaje entre naturaleza y cultura»; «III. Apreciar el paisaje: el rango de lo bello natural», y «IV. Entre estética y ética: el futuro del paisaje»), con una orientación deliberada por la vía del debate pendiente, que, de ese modo, inaugura diversos caminos de posibilidades reflexivas. Por eso mismo, la convocación de autores sigue la coherencia de interpelación, cuestionadora y reflexiva de la obra, reuniendo distintos enfoques y posiciones, que a veces llegan incluso a ser opuestas, pero fundamentales, siempre, en el estudio de los diversos temas.

El texto introductorio, de Adriana Veríssimo Serrão, «El paisaje como problema de la Filosofía», precede la estructuración del libro en cuatro secciones, anunciando, con claridad, la vía reflexiva inherente al pensamiento del paisaje, aclarando la complejidad semántica del concepto en distintos momentos históricos y culturales, en un registro que procura su fin desde el comienzo —la reconceptualización filosófica del paisaje, situándolo más allá de una determinada región espacial y presentándolo como categoría del pensamiento resultante de la categoría englobante de naturaleza (Georg Simmel).

La sección I («El paisaje entre naturaleza, campo y ciudad») está compuesta por cuatro ensayos y comienza con el texto que funda la «apropiación» filosófica del concepto de paisaje, configurándolo como categoría de pensamiento: «Filosofía del paisaje», de Georg Simmel. Con este ensayo preliminar, queda anun-

ciada la línea de orientación de la primera sección, en la que se problematiza la génesis del significado de paisaje, en cuanto dato de conciencia. Así pues, el paisaje no es solamente representación del mundo e interpretación pictórica de la naturaleza (Frédéric Paulhan), tampoco una mera zona delimitada de la realidad, sino que, asimismo, constituye experiencia del individuo moderno (Georg Simmel) que evoca a un mundo pasado, a una unidad perdida, en definitiva (Joaquim Ritter). Según José María Sánchez de Muniaín, el campo ocupa el lugar de lo que se ha perdido y coincide con la noción misma de paisaje (como entidad que contrasta con la ciudad), donde todavía permanece intacta la naturalidad de los elementos que el ciudadano busca como terapia, higiene de vida y reviviscencia de la religiosidad.

La sección II («El paisaje entre naturaleza y cultura») abarca seis ensayos y comienza con «Un intento de clarificación conceptual», propuesto por Rosario Assunto, respecto a los términos *paisaje*, *ambiente* y *territorio*, un texto que apunta esencialmente hacia la densidad conceptual aquí reflejada: el paisaje como categoría mixta y compleja en su bipolaridad entre naturaleza y cultura. Si Eugenio Turri, Augustin Berque y Alain Roger destacan que el paisaje resulta ser una «esfera de significaciones» y, por eso mismo, creación cultural, en la misma línea de Nicolas Grimaldi, que considera que la naturaleza tan solo resulta bella para nosotros gracias a la mediación del arte, Michel Corajoud acentúa más bien la naturalidad del paisaje, definido por él como el lugar donde el cielo y la tierra se tocan, atestiguando su destrucción por la invasiva y totalitaria presencia simbólica que desrealiza el mundo y lo sustituye gradualmente, desfigurando lo que se hallaba ahí: Lo que contemplo hoy, ya no es la exterioridad sedimentar, sino que la imagen sin profundidad, que ya no es mundo, sino su representación.

La sección III («Apreciar el paisaje: el estatuto de lo bello natural») toma como punto de partida un hecho: el desprecio de la estética contemporánea por lo bello natural (Ronald Hepburn). En efecto, el imperio de lo bello artístico a lo largo de la tradición cultural occidental ha reducido la estética a una filosofía del arte, con la consecuente otorgación de un rango marginal y secundario a la reflexión sobre lo bello natural. La crisis ecológica de los años sesenta del siglo pasado ha introducido un evidente cambio de dirección en esta línea de pensamiento, ya que obligó a plantear la naturaleza «en sus términos mismos», revelando a la vez el antropocentrismo latente en toda teorización sobre la naturaleza, incluyendo la relativa a la estética. En esta sección, se plantea lo bello natural desde las reflexiones contemporáneas más influyentes e imprescindibles al respecto. Ronald W. Hepburn afirma la necesidad de pensar la naturaleza fuera del encuadramiento del arte, abriendo camino a una nueva área disciplinaria: la estética ambiental, a semejanza de Malcolm Budd, que contrapone aquí la apreciación estética de la naturaleza en cuanto naturaleza a la apreciación estética de la naturaleza como arte. Allen Carlson y Yuriko Saito defienden que apreciar la naturaleza no puede reducirse a la sensibilidad, sino que apela al factor cognitivo en cuanto modo de aprehensión que accede adecuadamente a lo bello natural, ya sea mediante la literacia ecológica (Carlson) o por la narrativa mítica que concede una espesura moral a la sensibilidad (Saito). A su vez, Arnold Berleant propone una estética del entorno y del compromiso en vez de una estética de la visualidad, adherente a una perspectiva que separa sujeto y objeto, afirmando la tesis de que el hombre y la naturaleza que lo rodea constituyen un *continuum* de recíproca transformación y afectación.

Ha de notarse que esta sección resulta doblemente crucial, puesto que si ates-

tigua, por un lado, el movimiento teórico que busca la emancipación de lo bello natural respecto a lo bello artístico, por otro, anuncia una naturaleza que se comprende en íntima confinidad con el ser humano. En el preciso momento en que la crisis ecológica se presenta con un potencial de absoluta negatividad, dicho movimiento integra la tendencia reconfiguradora de la relación entre el ser humano y su entorno natural, proponiendo, a la vez, modos de superación de los dualismos que la tradición antagonizó desde la modernidad —hombre y naturaleza; sujeto y objeto; naturaleza y cultura; estética y ética.

«Entre estética y ética: el futuro del paisaje», la última sección, descubre la vía hacia una ontología del paisaje. No se trata aquí de pensar el concepto como «lo que ha sido» o «lo que es» en su peculiar ambivalencia entre naturaleza y cultura, campo y ciudad, creación y contemplación, sino en lo que será posiblemente. Y este «será» no se plantea aquí como futuro emergente de una linealidad temporal que se sucede a un pasado y un presente, sino más bien en cuanto horizonte de posibilidad humana deseable, atisbado como sentido y finalidad realizadora del ser. De este modo, el paisaje aparece como simbiosis, unidad fusional entre hombre y naturaleza (Arnold Berleant), experiencia irresistible y radical de fruición multiestésica, que apunta hacia la unidad del Ser (Rosario Assunto). El camino del Ser se plantea, asimismo, como camino del deber ser, y éste no resulta entendido como una imposición exterior, sino más bien como cuidado naturalmente emergente de un modo de ser auténtico, es decir, sensible. Así pues, la experiencia de lo bello natural puede (debe) (re)constituirse, en último término, como posibilidad ejemplar de la vida del hombre (Martin Seel). A los tres ensayos anteriores, se añaden las reflexiones de Luisa Bonasio, Paolo d'Angelo y Gonçalo Ribeiro Telles, que intentan

trazar las líneas justificativas de la salvaguarda y protección de los paisajes ante la persistente amenaza resultante de la furia industrializadora y mercantil. Como si, cada uno a su estilo, intentasen contestar todos a Rosario Assunto, recordándonos, en el texto inicial de esta sección, «El paisaje y la estética», lo que parecemos olvidar, pese a ser evidente —sin la naturaleza nos moriremos.

No hay duda de que estamos en presencia de una obra de referencia, obligatoria, en el panorama de la reflexión estética y ética contemporáneas. Estructurada con coherencia y rigor, presenta una selección de textos fundamentales en el área de reflexión tematizada, organizados con arreglo a una lógica que los presenta confluyendo en un todo orgánico e interdependiente. Las traducciones sobresalen por ser irreprochables, lo cual contribuye a realizar una lectura accesible y nada aburrida. Aquí no se vislumbran debilidades y se reanuda el carácter relevante de esta antología, tanto en términos filosóficos como didácticos y pedagógicos.

En el preciso momento en que el progreso tecnocientífico y el frenesí consumista alcanzan el paroxismo de la desmesura y la deshumanización, resulta decisivo pensar lo humano en su naturaleza originaria —sensibilidad y afectividad. El paisaje, tomado como lugar en

que habita el hombre, es, asimismo, *êthos*, es decir, acarrea no solamente una dimensión estética, al manifestar la ligazón sensible de las personas con su entorno natural, sino también ética, al favorecer la fidelidad y el respeto en cuanto a ese *ser-con*, esa ligazón existencial, que orienta al hombre hacia lo que él es esencialmente, *ser-en-el-mundo*. En este marco, esta obra antológica es, con toda justicia, fundamental, y no se dirige solamente a estudiosos con distintas formaciones (arquitectura, arquitectura paisajista, filosofía, ciencias ambientales, geógrafos, entre otros), sino también a todo aquél cuya formación e información le conceden una conciencia preocupada sobre el mundo en que se encuentra y es.

Tras esta exposición, se plantea una cuestión postrera: a fin de cuentas, ¿qué es el paisaje?

Y es en la respuesta de Adriana Veríssimo Serrão que encontramos, concentrada, toda la sustancia de esta obra:

Ni naturaleza ni cultura [...] sin duda que existe gracias a la presencia del hombre, que la identifica y la nombra, pero no como creador suyo [...] Hay un modo de ser específico del paisaje, que es sujeto y objeto, permanencia y movimiento, mutabilidad y persistencia. Material, favorece todas las sensaciones, sin dejar de ser intangible.

*Maria José Varandas*

Centro de Filosofía de la Universidad de Lisboa  
Traducción de Maribel Sobreira y José L. Pérez  
<http://dx.doi.org/10.5565/rev/enraonar.167>

